

99  
CAPITULO I.

DIOS TE SALVE, REINA.

1. *Grandeza de María.*—Para dar á conocer á la Santísima Virgen, y procurar que todos los que la conozcan sean sus fieles devotos, despues de la oracion del Ave María, ninguna me parece, lector carísimo, mas á propósito que la que los fieles conocen con el nombre de la Salve; y no es extraño, porque en ella se ven todos sus títulos y privilegios, y todo cuanto hace en favor de todos los hombres.

En el Ave María la vemos descrita segun las palabras del Arcángel, las de su prima Santa Isabel y las de nuestra madre la Iglesia; y en la Salve aparece segun el fervor de sus devotos, segun las luces de los Santos Padres, segun las insinuaciones de la Escritura, y conforme la expresion de la Iglesia católica y romana. En la primera la vemos como Madre de Dios y con las prerogativas que acompañan á tan sublime dignidad: y en la segunda la contemplamos como Madre de los hombres, y completamente dispuesta para hacernos todos los oficios de tal. Segun el Ave María, es la saludada por el ángel segun la salve, la saludada por todos los cristianos: por aquella llena de gracia en el alma y en el cuerpo, y en las potencias y en los sentidos; y por esta poseyendo toda la gracia que ha de concederse á todos los impíos, á todos los pecadores, á todos los tibios y á todos los santos: por la una, teniendo consigo al Señor en sus pensamientos, palabras, obras y deseos; y por la otra verificando en nosotros un cambio completo en nuestras ope-

raciones, de la mente, de la boca, de la voluntad y del corazón. ¡Oh qué grande es María en sí misma! Es sin duda alguna la llena de gracia, la que tiene al Señor, la bendita entre todas las mujeres, la Virgen tres veces santa, y la augusta Madre de Dios. ¡Oh qué grande es María con relación á nosotros! porque es la reina nuestra, la madre de misericordia, la vida, la dulzura y la nuestra esperanza; y es principalmente nuestra abogada, nuestra clementísima, nuestra piadosísima y nuestra dulce Virgen María.

2. *Orígen de la Salve.*—En una época bastante remota vivía en la religion de San Benito, una alma tan de Dios, que podemos asegurar que era santa. Era entre sus hermanos de los mas edificantes por su observancia regular, por sus asperezas y continuas maceraciones, por sus vigiliyas y dilatados ayunos, y por su casi inseparable union con Dios. A este conjunto de virtudes, añadía una devocion especial á la Santísima Virgen María; y un día en que el Señor se le habia comunicado de un modo extraordinario, y cuando nadaba en las delicias producidas por el amor mas puro, conoció de un modo especial lo que es la Madre de Dios, y con un afecto que apenas puede medirse, le dijo: Dios te Salve, Reina y Madre de misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra, Dios te salve. A tí llamamos los desterrados hijos de Eva, á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues, Señora, Abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos, y despues de este destierro muéstranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María! Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

¡Feliz el dichoso que por primera vez así habló de María!  
¡Feliz! porque la saludó Reina de los reyes y Señora de los

señores. ¡Feliz! porque le dió el hermoso dictado de Reina y Madre de misericordia; y feliz, porque la proclamó la vida, la dulzura y la esperanza nuestra; la abogada, la clemente, la piadosa y la siempre dulcísima. ¡Ah lector carísimo, si amarámos á María de esta manera! ¡Si en nuestra mente fuese tan bellamente hermosa! ¡Si nuestro corazón la amara segun el grado del conocimiento! Ya que no merecemos tanta gracia, al menos repitamos con frecuencia la Salve.

3. *María es nuestra Reina.*—Este Santo religioso apellidó á María Reina, y con esto sacó una consecuencia del Ave María. En efecto; si ella es Madre de Dios, si fué exaltada á la dignidad suprema de Madre del Rey de los reyes, con mucha razon la honran los fieles apellidándola Reina: porque está claro que si el Hijo es Rey, propia y verdaderamente la Madre ha de ser Reina; y si Jesucristo que es su Hijo es Rey de reyes, María que es su Madre ha de ser a Reina de los reyes

Jesucristo es el Rey de los cielos, el inmortal y el invisible; el que trae bordado en su muslo Rey de reyes, Señor de señores y Dominador de los que dominan; y digno de todo honor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos: y María, como Madre de Jesucristo, ha heredado todos sus privilegios en cuanto es capaz que una criatura se revista de los de su Criador.

Todas las criaturas visibles é invisibles sirven al Señor, y todas ellas proclaman su gloria como á su rey: así de un modo semejante todas las criaturas sirven á María, y todas la denominan su Reina. Tanto es así, lector carísimo, que la Reina de los ángeles es María; la Reina de los patriarcas es María; la Reina de los profetas es María; la Reina de los apóstoles es María; la Reina de los mártires es María; la Reina de los confesores es María; la Reina de las vírgenes es María, y María es la Reina de todos los santos y de todos los hombres, y la suprema Emperatriz de los cielos y de la tierra. ¡Qué reina pue-

de compararse con esta Reina! ¡Qué dominio con su dominio!

Los mismos reyes han puesto sus glorias en ser los últimos esclavos de esta gran Reina. Esta dignidad no la tiene de sí misma; sino que al modo que la luna recibe la luz del sol, así la mística luna que es María, recibe toda esta dignidad del divino sol de justicia Cristo nuestro Señor. María desde el primer instante de su Concepcion Inmaculada fué una criatura, es verdad, pero no como las demas criaturas; sino que tenia un conocimiento de Dios mas claro, mas perfecto y mas exacto que el que han tenido y tendrán todos los ángeles y arcángeles, todos los serafines y querubines, todos los tronos y dominaciones, todas las potestades, virtudes y principados.

María desde aquel primer instante vió á Dios intuitivamente, vió á Dios cara á cara, vió á Dios en su esencia y de un modo infinitamente superior al que lo han visto en este mundo Moisés y Pablo, y en la patria celestial todos los ángeles y bienaventurados. Tanto es el poder de la virtud y de la gracia, porque la gracia y la virtud hicieron á María. ¡Oh amantísima Madre mia! proseguí segura en dominarlo todo: disponed de la tierra y del cielo, de los ángeles y de los hombres, y sobre todo disponed de mí mismo ya que pongo mis glorias en saludaros, Dios te Salve, ¡oh Reina!

4. *Es reina de misericordia.*—A fin de que ames, lector carísimo á María, y seas su fiel devoto, te será muy útil el comprender bien estas palabras de la Salve, porque no solo es reina, sino que lo es tambien de misericordia, y es como si dijieran: *Dios te Salve, reina de misericordia.* Como á tal es María una reina dulcísima, clemente, y tan inclinada á conceder gracias, que jamas se ha oído decir que ninguno de cuantos la han invocado haya sido de ella no socorrido.

Es Reina de misericordia; y por tanto, piadosa para todos, pródiga para los pobres, munífica para los ricos, pronta para

aliviar toda necesidad, y tan poderosamente benéfica, que deramar gracias y dones es todo su oficio. Es Reina de misericordia, y es por tanto, dulcísima, porque ¿qué cosa mas dulce que aquella boca cuyos labios destilan la mas rica miel? ¿Qué cosa mas dulce que la clementísima que dispone de la divina clemencia?

María, á fuer de Reina de misericordia, podemos afirmar que ejerce en un todo la misericordia de Dios; del mismo modo que Dios ejerce todo su infinito poder: y al modo que Jesucristo en la eternidad será para los réprobos el Rey de justicia; así María es en el tiempo para los pecadores la Reina de misericordia: el oficio del Hijo será entonces castigar eternamente; así como el oficio de la Madre es ahora auxiliarnos eficazmente. ¡Ah, lector carísimo, con qué afectuosa confianza no hemos de presentarnos á María! Mírala: es la Reina; pero Reina de misericordia.

Cuenta la Santa Escritura, que cuando Asuero, instado por Aman, dió el fatal decreto de completa aniquilacion de los judíos y de todo cuanto les pertenecia, Mardoqueo acudió á la reina Ester, y esta reina, obrando conforme sus instrucciones, libertó su pueblo y quedó su suerte felizmente asegurada para siempre. ¡Ah, lector carísimo, cuántas veces el divino Asuero Jesucristo, impelido por el Aman del pecado, habria destruido á los cristianos! ¡Cuántas sus intereses y sus personas habrian sido condenadas á un eterno exterminio! Pero el misterioso Mardoqueo, que es el Sacerdote, avisa á la divina Ester, y esta poderosa María los liberta de los males que los amenazaban. ¡Oh, qué no hace en favor de los cristianos! ¡Qué no hace en favor de los pecadores mas miserables! Y ¡qué no hará en favor tuyo si acudes como conviene, á su proteccion! ¡Oh si agradezco la saludaras muchas veces con el *Dios te salve, Reina de misericordia.*

Ester, para salvar al pueblo judío, que era su pueblo, tuvo

que servirse de palabras muy humillantes que le obligaron á decir: *Rey mio, si he hallado gracia en tu presencia, te suplico que me des al pueblo mio por el cual te ruego*, y solo despues de esta súplica quedó revocada la sentencia.

María, empero, no necesita de este modo de obrar, porque no solo sabe que ha hallado la gracia delante de Dios, sino que sabe tambien que la posee, que la tiene en la mayor plenitud y que todos la reciben de Ella: por esto son sus ruegos como otras tantas órdenes; y si Asuero no supo negar cosa alguna á su querida Ester, ¿cómo habia de poder negar Jesucristo una sola cosa á su divina Madre? ¿Qué, mas admiraremos, la bondad de esta soberana Señora, su infinita dignidad, ó su inmensa misericordia? Por esta la veo la mas cercana á Dios Padre; por aquella la mas conforme á Dios Hijo; y por la última, la mas semejante á Dios Espíritu Santo. A vista de esto, no puedo menos de aconsejarte que la saludes ferviente y cordialmente con el *Dios te salve, Reina*.

5. *Es dignísima de toda nuestra confianza*.—A fin de que seas del todo de María, voy á presentarte otro resultado de lo que Ella es con relacion á los hombres. Es Reina: ¡oh qué gusto, qué satisfaccion! Es Reina de misericordia: ¡oh, qué consuelo, qué dicha! Es Reina tambien que nos inspira del todo la mayor confianza, y con todo esto acaba de arrebatarnos todo el amor. Y lo es tanto, que jamas hemos de temer que María rehuse ni por una sola vez el interceder por los pecadores, y ni siquiera por el mas obstinado y endurecido. La confianza que nos inspira es tan sin límites, que ni aun puede amedrentarnos su santidad y majestad; porque cuanto es Ella mas santa y mas ensalzada, tanto se muestra mas poderosa y eficaz en favor de los pecadores. A vista de esto, lector carísimo, ¿qué ama quien á María no ama? ¿En qué confía quien en María no confía? ¿A quién acude quien á María no acude?

Las reinas de este mundo, con la majestad que ostentan, son causa de que sus vasallos no se atrevan á manifestarles su necesidad; mucho menos pedirles el debido socorro, y á veces ni siquiera se ponen en su presencia; mas qué temor puede causarnos la clementísima, la hermosa, y la humildísima María? Nada hay en Ella de esquivéz, nada que sea feo ó monstruoso y nada de fausto y de austero; sino que todo es en Ella la sencillez misma, la misma bondad y el mismo amor: Ella nos ofrece la leche de su misericordia para animarnos, y la lana de su refugio para resguardarnos: en suma, es María la que posee por gracia y privilegio, aquella misericordia que el mismo Dios posee por esencia y naturaleza.

¡Ah! ¿en quién esperará quien no espere en María? ¿A quién aplicará quien no suplique á María? ¡Oh María inmaculada! ¡Oh amor dulce de los corazones! Tú eres al par de la Misericordia: eres tan benigna y piadosa, que no consientes despedir descontento á quien te ruega, y á fuer de Reina de misericordia, no dejas de socorrer poderosamente aun á los mas miserables. ¡Oh María! Salve, salve, inmaculada y divina María! Salve, Reina de misericordia! y ya que yo soy el peor de vuestros hijos y el mas miserable pecador, espero que tendreis de mí un cuidado semejante á la multitud de mis miserias.

6. *Y nos asegura de su misericordia*.—Para que de una vez para siempre te consagres á María y pongas en Ella toda tu confianza, has de saber que su conmiseracion es tal, que no puede excederla ningun número de pecados: y á la manera que el mayor de los crímenes es desconfiar de la misericordia de Dios, así la mayor de tus ingratitudes seria no confiar del todo en la misericordia de María; porque así como la gloria de la Madre es la gloria del Hijo, así resulta que nadie puede haber tan miserable é infeliz que resista á su poderosa misericordia; y en nada puede congratularse tanto, como en oír los ruegos de los

mas miserables: y si fuera posible que hubiese un pecador que hubiera cometido todos los crímenes de que se han hecho reos todos los hombres y aun todos los demonios, ayudar á este miserable seria su mayor gusto y contento.

No lo dudes, lector carísimo, que María, á fuer de reina de misericordia puede decir: *Yo soy la Reina de la misericordia*, y como á tal, Reina de cielos y tierra: yo el gozo de los bienaventurados y la alegría de los justos: yo la puerta por donde todos los pecadores entran al cielo: yo la que alcanzo á todos la gracia de que sean menos tentados: yo la que les hago salir victoriosos de todos los combates contra el mundo, demonio y carne; y yo la que salvo á todos, á excepcion de aquellos que ya son realmente réprobos con la maldicion de los condenados: mas fuera de este rarísimo caso, ninguno puede haber tan dejado de la mano de Dios que si me invoca en su ayuda de todo corazon, no le haga conseguir la patria celestial. Nada de esto debes extrañar, porque la *misericordia de María* es la misericordia de Jesus. A la manera que el que confia en María será indudablemente feliz, así el que se olvidase de Ella completamente, será para siempre desdichado.

Acudamos, pues, nosotros desde este instante á María Santísima y convenzámonos de una vez para siempre, que Ella es en favor de nosotros la saludada por el Angel la *Uena de gracia*, la que tiene al Señor y la Madre de Dios. ¿Eres un grande pecador? Pues no dudes, porque Ella es la Reina de misericordia, y la que empleará grandemente en tu favor su divina influencia; y esto aunque fuese tu alma lo mas monstruoso y lo mas horrible, y lo mas llagado y asqueroso.

¡Oh Reina de misericordia! á tus plantas tienes al mas miserable de tus súbditos: compadécete de mis miserias; haz en favor mio los saludables oficios de tu misericordia, mientras que para mas obligarte repetiré cinco veces al dia la Salve.

7. *Devocion de una niña á su Reina.*—En cierta historia particular se lee: que en un colegio entró una niña que solo contaba cinco años; pero tenia tanto juicio y tanta bondad, que luego se le permitió recibir el Sacramento de la penitencia, y antes de los siete años hizo su primera comunión.

Fué admitida en el número de las niñas que componen la asociacion de los santos ángeles, y en todo el tiempo se portó como un ángel en carne. Siendo aspirante para ser del número de las hijas de María, hizo los mas serios adelantos en sólida virtud; pero cuando se vió ya hija de tan soberana Señora, comenzó á desplegar una devocion muy especial y á saludarla todos los dias afectuosamente como á su Reina.

A este fin la coronaba diariamente con aquella diadema que le inspiraba su fervor; y segun hemos sabido, lo hacia en el órden siguiente: Los domingos le entretrejeia una corona de las flores que le habian enviado sus padres, y con la mayor reverencia que le era posible, la colocaba en su cabeza, y pasaba el domingo en los ejercicios propios de una hija de María, y besando afectuosamente la imágen de la medalla milagrosa que colgada de una cinta llevaba en su honor.

No obstante de que esta corona no se la quitaba en toda la semana; sin embargo, ella á fuer de fidelísima súbdita, todos los dias la coronaba de nuevo en su espíritu, del modo que vamos á decir: Los lunes la coronaba con tímidas violetas, y á este fin hacia en su espíritu treinta y seis actos de humildad, repitiendo en cada uno de ellos: *Yo soy la esclava de María, hágase en mí segun su palabra.* Los martes la coronaba con rosas de las mas bellas que han producido ambas Castillas, y á este fin le hacia treinta y seis actos de amor, repitiendo en cada uno de ellos: *Yo amo á mi Reina María.* Los miércoles la coronaba con el mas oloroso jazmin, y para esto hacia treinta y seis actos de modestia, guardándola en el andar, en la vis-

ta y en las palabras. Los **juéves** la coronaba con dobles claveles, repitiendo en toda su conducta diez actos de edificacion. Los **viérnes** la coronaba con amapolas y floripondios, porque estas flores le recordaban la práctica de la paciencia. Y los **sábados** la coronaba de **azucenas** que ser debian como el ampo de la nieve, y le recordaban el voto de virginidad que desde muy niña habia hecho á imitacion de su Reina. ¡Feliz niña, porque murió como habia vivido!

## CAPITULO II.

### MADRE.

8. *María es nuestra Madre.*—Siguiendo, lector carísimo, la Salve, hallaremos á la **Santísima** Virgen María que no solo es nuestra Reina, sino que es de un modo especial nuestra Madre, así lo dicen todos sus devotos: *Dios te salve, María, tú que eres Reina y Madre.* María es la Madre de los cristianos, y de un modo especial es la **tierna** Madre de todos sus devotos. ¡María es mi Madre! ¡Ah qué idea tan consoladora! ¡Qué pensamiento tan benéfico! ¡María es mi Madre! ¡Ojalá que yo no tuviese mas que un pensamiento y este fuese María! ¡Ojalá que no tuviera mas que una idea y esta fuese María! ¡Ojalá que no viese mas que una palabra, y esta fuese María! ¡Ojalá que todas mis operaciones las encerrara en María! ¡Ah! María es la palabra del Hijo, de un modo semejante al Hijo que es la palabra del Padre.

Amemos, pues, á María, porque amándola cumpliremos con toda la ley y los Profetas, y con el Evangelio Santo y las obligaciones del propio estado: amemos á María, bien persuadidos

que la eficacia de su amor es tal, que conduce y encierra el mas puro amor á Dios.

María es mi Madre: ¡ah! reflexiona bien sobre este sublime pensamiento, porque la Madre de Dios es la Madre tuya. Dile en consecuencia con el mayor entusiasmo y afecto que te sea dable: Madre mia, yo soy tu hijo, no me dejes á mí mismo: gobiernadme completa y eficazmente: disponed de mi corazon segun el vuestro: castigadme todas mis faltas, porque yo sé bien que vuestros castigos son las ternuras de vuestro amor; y para que así lo hagais, procuraré que todos os conozcan y adoren con el dulce título de Madre.

9. *Es nuestra Madre porque Jesucristo es nuestro Padre.*—Así como es imposible poner en duda que Jesucristo es nuestro Padre; así no lo es menos la verdad que nos asegura que María es nuestra Madre; y á la manera que Jesus es el Padre del siglo futuro y de todos los nacidos de la ley de gracia, así es María la Madre de estos y de Aquel. Jesucristo es nuestro Padre, porque habiendo perdido nosotros por el pecado de Adan la vida de la gracia, con la redencion nos dió una nueva vida y tanto mejor que la primera, que la misma Iglesia apellida culpa feliz á la culpa de origen que nos la hizo perder.

María es nuestra Madre porque es una misma cosa con Jesus, porque nos dió la vida de un modo semejante á Jesus, y porque si Jesus es nuestro Redentor, María es nuestra corredentora. Pero ¡á qué viene entretenerse en probar que María es nuestra Madre? Lector carísimo, escucha á la Iglesia, y verás que despues de haberla llamado Reina, inmediatamente la denomina Madre; por el primer título, nos enseña su dignidad divina, y por el segundo, nos hace saber que todas sus gracias son nuestras gracias. Y si á esto añadimos que todos los fieles la invocan con el nombre de Madre, tendremos que concluir que verdaderamente Ella es nuestra Madre: no Madre carnal